

## NARRADORES DE 1938



Por Luis Merino Reyes\*

**S**e habla y se escribe de la generación de 1938, aludiendo como en la generación española de 1898 y de 1927, a la fecha de los primeros libros de los autores. Pero si en España, 1898 coincide con la independencia de Cuba, en el caso de los chilenos, hay otras situaciones coincidentes: la guerra civil española, desatada en 1936 y la última guerra europea con el desplazamiento del nazismo alemán y del fascismo italiano, en 1939. Estos dos últimos sucesos polarizan la literatura chilena. La guerra civil de España agrupa a los escritores chilenos en la lucha contra Franco y la guerra mundial en la oposición valerosa y vehemente al fascismo. Hay, por supuesto, excepciones a esta actitud que no vale la pena mencionar.

El poeta Vicente Huidobro es agredido por los nazis criollos por haber publicado en el diario "La Opinión" de Santiago, su rechazo a la visita de los aviadores italianos que arribaban a Chile, según palabras del vate, "tintos con la sangre de los niños etiopes". Días después del atentado, Huidobro salió a la calle imperturbable, apoyado en un bastón de palo de guindo.

La elección presidencial de 1938 dio el triunfo al Frente Popular chileno y a su abanderado, el político radical don Pedro Aguirre Cerda. Los escritores, en su mayoría, se apostaron tras esa candidatura que simbolizaba un desplazamiento social de la clase media y del pueblo. La clase

media chilena llegó al poder, se desplazó en la burocracia, se vistió y calzó pueblo con su propia industria, buscó la fuerza de las aguas perdidas y creó la Corporación de Fomento de la Producción, entre otros progresos que nos diferencian en el Continente. Nos sacó además de nuestro aislamiento mineral, sin posibilidad de competir en el cultivo de la tierra, con otros países del mundo.

Chile, país de tierra lavada, de faenas peligrosas, se perfiló, en consecuencia, todavía más en el desunido continente iberoamericano, siempre en la vigilia del sueño febril del Libertador Simón Bolívar.

Hemos elegido a los narradores para nuestro breve estudio de la generación de 1938, pensando que los poetas del mismo período, están dominados por dos grandes presencias líricas: Pablo Neruda de Chile y Federico García Lorca desde España, este último renovador del seco romance castellano con el dramatismo de su musical imaginación. Pablo de Rokha, Vicente Huidobro, el atormentado peruano César Vallejo, muestran una descendencia poética que aflora curiosamente en nuestros poetas más jóvenes, aparte de los grupos circunscritos a movimientos poéticos foráneos, como es el caso de los surrealistas.

Los poetas de 1938, algunos sin más mirilla para ver el mundo que el simbolismo poético, se desplazan a la prosa y en ese campo expresivo, menos favorecido por los símbolos, más exigido por la trama apretada de la novela y del cuento, logran sus obras singulares. Conviene

\*Escritor, poeta, novelista, ensayista, ex Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Ha obtenido numerosos premios a su obra. Ha viajado al extranjero en representación de los escritores de Chile.

señalar que la generación del 38 ha sido considerada como una promoción exclusivamente de prosistas, en el sentido de la novela y el cuento; pero, como es obvio, esta calificación no es definitiva. Hay narradores que comienzan y siguen in-tempestivamente escribiendo versos; lejos de la afirmación de Neruda dirigida a su novela "El habitante y su esperanza", cuando dice: "A mí no me interesa narrar cosa alguna...". Por lo demás, la renovación de la novela moderna, de Marcel Proust a James Joyce y de los grandes novelistas norteamericanos, viene de la poesía.

Los narradores chilenos de 1938 están respaldados por un fuerte sentido social que no conservan los poetas esencialmente líricos, salvo que incursionen en la poesía política. Sin embargo, si la poesía ha invadido la novela, la prosa dura de la vida cotidiana también se ha infiltrado en la poesía. Es el caso de la antipoesía de Nicanor Parra y sus seguidores; pero es este un mundo aparte. En nuestro estudio vamos a considerar la generación de prosistas de 1938 que va de los escritores nacidos entre 1906 y 1918 sin que estas fechas se consideren rigurosas.

Daremos primero una amplia nómina de autores, señalando algunos de sus títulos y en seguida nos ocuparemos de las figuras de la generación que nos parecen representativas, más próximas a nuestro gusto. Se identifican con la generación de 1938: Fernando Alegría, *Caballo de copas*; Maité Allamand, *Cosas de campo*; Daniel Belmar, *Roble huacho*; María Luisa Bombal, *La última niebla*; Carlos Droguett, *60 muertos en la escalera*; Juan Donoso, *Leyendas del hombre*; Baltazar Castro, *Sevell*; Francisco Coloane, *El último grunete de la Baquedano*; Gonzalo Drago, *Cobre*; Juan Godoy, *Angurrientos*; Luis González Zenteno, *Caliche*; Leoncio Guerrero, *Pichamán*; Manuel Guerrero, *Tierra fugitiva*; Nicomedes Guzmán, *La sangre y la esperanza*; Reinaldo Lomboy, *Ranquít*; Luis Oyarzún, *La infancia*; Juan Negro, *Botella al mar*; Edmundo de la Parra, *Consejas del gran río*; Vicente Parrini, *Había una vez*; Andrés Sabella, *Norte grande*; Miguel Serrano; *La época más oscura*; Mauricio Sescovich, *Humilde rebeldía*; Efraín Szmulewicz, *Un niño nació judío*; Nicasio Tangol, *Huipampa, tierra de sonámbulos*, Guillermo Atías, *El tiempo banal*; Volodia Teitelboim, *Hijo del salitre*.

Poetas más reconocidos por su obra lírica, como Óscar Castro, Antonio de Undurraga,

además ensayista de nota y Braulio Arenas, agregan a la prosa nacional, novelas que les han diferenciado más allá de las fronteras. Pensamos en *La vida simplemente* de Óscar Castro; *Cambio de guardia en el Infierno* de Undurraga y *Adiós a la familia* de Braulio Arenas.

Concretaremos estas apreciaciones con imágenes que se han mantenido en nuestra memoria de tres escritores nacionales. Ellos son: Guillermo Atías, Gonzalo Drago y Nicasio Tangol.

Desgraciadamente, ninguno de ellos está vivo y su muerte impone todavía más estos recuerdos.

## GUILLERMO ATÍAS

Guillermo Atías falleció súbitamente en París, a fines de 1979; iba conduciendo su automóvil. Fue Presidente de la Sociedad de Escritores en 1965 y autor de "El tiempo banal", novela laureada con el Premio del Sindicato de Escritores en 1954 y de "A la sombra de los días", otra novela premiada por la Compañía Refinería de Azúcar de Viña del Mar (CRAV), aparecida en 1965. Además obtiene en teatro los premios "Pedro de Oña" y "Gabriela Mistral".

"El tiempo banal" se aprecia a 41 años de su aparición como una buena novela, bien escrita, irónica, son personajes que no se olvidan: La muchacha colorina, el cartero y su pequeña mujer; el virginal antisocial, "El Chano". No se trata de una novela realista; las relaciones humanas son de raíz poética, suprarreal. El autor intenta en su ficción un contrapunto de clases que traduce su sentido social nutrido por los recuerdos emocionados y sufrientes. La verosimilitud literaria se salva por momentos escasamente con recursos librescos, propios de un buen lector y mejor observante de la realidad callejera.

Guillermo Atías era un hombre rubio, blanco, de gruesos lentes, más bien macizo que gordo, que hablaba con lentitud y no se encolerizaba, aunque las circunstancias se lo impusieran. Dirigir escritores no es tarea fácil y Guillermo Atías habrá de ser recordado como un varón dueño de la paciencia y de la bondad, un introvertido que espera su turno, sin más resguardo que carecer de teléfono en su domicilio a fin de salvar su privacidad. Más de una vez le oímos hablar en la tribuna del cementerio -sitial don-

de se cometen tantos abusos oratorios—obligado por su cargo, si algún escritor había dejado esta vida terrena, tan pesada a veces para la gente de nuestro oficio. Entonces comprobamos su falta de elocuencia, su condición íntima ajena al histrionismo a que obliga la oratoria. Pensamos que el observador común no habría podido adivinar todo el mundo sensible que ocultaba este hombre de contorno pausado, indiferente. Era preciso leer a Atías para descubrirlo; algo que sucede, por lo demás, con todo escritor dueño sólo de una ventana para mirar el mundo.

La primera vez que vimos a Guillermo Atías fue en la Sección Comisiones de Confianza del Banco de Chile y nos impresionó como un caballero inglés frío y ceremonioso. Son así las sensaciones periféricas. Nosotros íbamos en busca de una casa para alquilar y refugiarnos en ella a una mujer y cuatro chiquillos. Además, guardábamos un recuerdo muy hondo de su cuento aparecido en la "Antología del verdadero cuento en Chile", de Miguel Serrano, cuando Atías era muy joven y firmaba "Anuar" en vez de Guillermo, dando, con aquel cuento, un seguro indicio de toda su valía. Su prosa sugerente desamparada, señalaba una individualidad que su novela "A la sombra de los días" encauza en el costumbrismo adulto.

Nacido en Ovalle en 1917, Atías era muy joven en 1938, año de cambios sociales en nuestro país y en el mundo, que repercuten con insistencia en la más vigente literatura de entonces. Ya hemos recordado que en 1934, se adueña Hitler del poder en Alemania, que en 1936 se precipita la revolución española, que en 1938 triunfa el frente Popular en Chile, que en 1939 estalla la segunda guerra mundial. Son temas más fuertes que cualquier esquema novelesco, que Atías entre sueños y realidades, entre amores apasionados y fracturas políticas, hace converger en Chile.

Jugando con el tiempo, mostrándonos, conforme a su manera peculiar a que ya hemos aludido, los aspectos que no muestra la realidad al observador común, Atías avanza en la novela sociológica, señala sin prejuicio la insensatez de algunos líderes políticos y el desencanto de la *juventud y del pueblo que había confiado en ellos*, con su generosidad habitual. Esos perso-

najes más preocupados de encontrar botín en la burocracia y en los cargos diplomáticos, están señalados con sus nombres. Pero está vivo también en su novela "A la sombra de los días", el desenfadado del escritor de verdad que no se compromete con nada ni con nadie y que sin hacer alegatos ni discursos, lleva dentro de sí una posición doctrinaria insobornable. No es fácil variar una estructura social; germinan hábitos muy antiguos, rigideces primitivas de todas clases que se resisten al cambio. El dialéctico analiza estas causas y busca el faro de la razón, de la evolución histórica, muestra el imperativo de formularse el mundo y darse una ley. El escritor concibe la epopeya en su gestación más pura, en la vida sencilla del hombre y desarrollando una trama, nos conduce a la gran emoción silenciosa y privada que viene a ser una novela.

La tragedia del 5 de septiembre de 1938, producida en el centro de Santiago, a un costado del palacio de gobierno, está vista por Atías en la acción viva, inminente de sus protagonistas, no en el horror de las bandejas del Instituto Médico Legal. Los tipos de Atías, normales y anormales, sin excesivos literatos, sin retórica, se imponen al lector.

Pero es evidente que con todo lo escrito, hurgado entre nuestros apuntes y recortes, aún no logramos todo el perfil de Guillermo Atías. Le vemos en la sede de la SECH en un baile de disfraces, cuando los escritores de entonces tenían menos años y más humor, una noche en que unos bailarines se convirtieron en contrincantes y algunos probados machistas no sabían por qué propinaban sus golpes. Atías presidía aquel tumulto, sereno como un Buda, sin alzar la voz ni asombrarse por nada. En su ser se entremezclaban ancestros semitas y franceses, con su ternura, su ironía, su prudencia.

#### GONZALO DRAGO

Gonzalo Drago, cuentista y novelista de la generación de 1938, nació en San Fernando en 1907 y por situaciones de carácter familiar, acompañó a sus padres a diferentes puntos de Chile. Acaso sea éste uno de los motivos, muy ajenos a su voluntad, que no le permiten finalizar sus *estudios básicos, algo que le convierte en un autodidacto de aquéllos que no terminan nun-*

ca de aprender. Drago fue la antípoda del personaje que ostenta sus diplomas si las circunstancias así lo aconsejan. Desde los quince años debe afrontar la vida; es empleado en la Aduana de Arica, en el ferrocarril central trasandino; trabaja en una firma comercial y en la Braden Cooper Co. Durante estos años, Drago se cultiva intelectualmente, leyendo y escribiendo, y llega a poseer una sólida cultura, amplia y moderna. Como periodista se da a conocer durante un tiempo en "La Tribuna", de Rancagua y como cuentista y glosador de la actualidad cultural, en las revistas "Hoy" y "Atenea" y en algunas publicaciones extranjeras. Esa actividad periodística, Drago la mantuvo hasta su fin, en la frontera de los 87 años. En su ciudad natal que nunca olvidaba, dirigió el diario "Faro" e integró el grupo de intelectuales "Los inútiles", denominación sugerente en la vecindad de la ciudad minera de Rancagua. En el curso de su carrera administrativa, llegó a ser Tesorero Provincial de Santiago, hasta el 11 de septiembre de 1973 cuando encontró ocupado su escritorio por un jefe desconocido que le miró como un sapo de otro pozo.

Con su cuento "Surcos" obtuvo el primer premio en el Concurso Literario del Segundo Centenario de Rancagua. Su novela "El purgatorio" basada en su experiencia del servicio militar, rica en hallazgos y precisiones psicológicas, mereció el Premio de la Sociedad de Escritores de Chile, con un jurado que integraba el poeta y personaje inolvidable, por sus memorias galantes, Carlos Préndez Saldías. Esta novela la hicimos leer por gente uniformada que disfrutó a sus anchas con la autenticidad de la prosa de Drago, igual que en una lejana guarnición sureña, sus integrantes leían "El desafío" de Alejandro Kuprin. Queremos decir con esto que en esos lugares se encuentran los lectores escogidos que no soportan la retórica.

"El purgatorio" es la obra capital de Gonzalo Drago. En esta novela narra su experiencia del servicio militar, en un tiempo en que la disciplina prusiana era más aparatosa y dura. En esta obra exhibe Drago, con la mayor transparencia, la sensibilidad social, los anhelos de mejoramiento humano que le animaban, hasta convertir algunas de sus obras en un constante "yo acuso". El estilo es afinado y preciso, la fuerza subyacente de su dramático relato, se hace más

vigorosa que en otras de sus creaciones. De esta suerte, Drago logra una serie de cuadros, entre crueles e irónicos, que están en la línea de "Sin novedad en el frente" de Erich María Remarque y de "Mirando al océano" de Guillermo Labarca.

La queja por el convencionalismo de la vida militar, la argumentación no formulada, pero constante, de que la paz es preferible a la guerra y el arado al cañón, como la salud a la enfermedad, conforman el libro de Drago, no sobrepasado por sus relatos campesinos de una zona arcaica y feudal, todavía inédita. En 1981, Drago publicó, autoeditándose, "Los muros perforados", el submundo de la burocracia fiscal que nos parece insensible y que puede convertirse, bien guiada, en colonizadores de zonas inhóspitas. Los antiguos compañeros de trabajo de Drago fueron buenos lectores, propagandistas y adquirentes de sus obras.

Después de este breve estudio conformado por su obra, corresponde recordar la bonhomía, la lealtad inquebrantable, el paso sin fatiga del escritor, hasta su inevitable fin. Gonzalo Drago falleció en Santiago el 24 de junio de 1994 y revivir nuestros últimos diálogos nos produce una emoción muy profunda.

#### NICASIO TANGOL

Cierta vez una mujer amable y culta, nos pidió que dictáramos un curso sobre la novela chilena en el Instituto Cultural de Providencia. Eran tiempos de bastante esnobismo en que no se podía hablar de la novela en general sin mencionar a Kayser y otros tratadistas. Nosotros que no somos pedagogos, ni poseemos títulos de ninguna índole, estudiamos durante varias noches el programa de nuestro curso y al fin entregamos una pauta que no era para un mes, sino para unos dos años. Así, al menos, nos lo aseguró un profesor amigo que leyó el plan del curso publicado en un diario. Se había producido la eterna aglomeración de ideas que perturban al advenedizo, incapaz de matizar y de escoger nada más que lo justo como los viejos maestros de cualquier arte o artesanía. La matrícula del curso fue más o menos numerosa con gente grata, como sucede habitualmente en Chile, sin dómimes pedantes que nos pusieran en apuros. Y por el camino se fueron arreglando las cargas. Un trozo anecdótico de biografía, la lectura de

un capítulo selecto del autor estudiado y por fin, un libre cambio de ideas con los alumnos. Por ese camino, las cosas se hacían más amenas y de la novela nacional saltábamos a las cumbres de la novela moderna en el vasto mundo. Pero a pesar de todo, estas clases distantes de la frialdad sistemática del profesor especializado, que se gana la vida con el desarrollo de un programa, me dejaban exhausto, como si inventara un cuento o el trozo de una novela cada vez que me introducía en el Instituto Cultural. Hasta que un día en la vecindad de mi "cátedra", me encontré con un personaje fabulador y novelesco él mismo, que se llamaba Nicasio Tangol y que tal vez merodeaba por allí para ver qué pasaba con mi curso.

Hombre moreno, enjuto, de mirada dormida y pómulos altos, su voz no insistía con su suave inflexión. Había nacido en la isla de Chiloé en 1906 y se trasladó muy joven a Santiago. Aquí en esta urbe, no poco despiadada, conoció el dolor punzante de la pobreza; pero el hombre que es golpeado por la vida como un yunque, es a la postre el más dúctil de los humanos, quien ha conocido la adversidad extrema, en seguida borrada por la memoria, dispone de esos márgenes de tolerancia y comprensión que hacen la vida digna de recomendarla a los suicidas en potencia. Nicasio Tangol era un diestro diseñador de planos, estudió trabajos manuales y construcción civil, alzó una casa en Quintero y otra en la población Desiderio Lemus de Santiago, en la proximidad del cerro San Cristóbal, se casó con la escritora Elena Sugg. Allí en su casa, con jardín y parrón, organizaba unos asados y curantos con la expedición y el señorío sureño que él llevaba en la sangre y que los escritores y poetas capitalinos disfrutaban golosamente. Allí estuvimos con Víctor Franzani y su Grecia, con Ester Matte, con Julio Alegría, con los hijos de Elena y de Nicasio, y tantos otros más. En esas expansiones de cariño que sólo provenían de los dueños de casa, Nicasio Tangol se hacía impersonal y con un rubor propio de su naturaleza chilota, ensimismada y observadora, hermano perdido entre numerosos hermanos, jamás hablaba de sí mismo. Pero había un tema que él dominaba o que ejercía sobre él su influencia: Los mitos y supersticiones de Chiloé, el buque fantasma, el trauco, la voladora, los imbunches, los brujos y brujas que pueden an-

dar entre nosotros sin ser advertidos, mientras no arrojamos afrecho a un brasero para ver si estornudan.

De estos asuntos habló Nicasio Tangol en el Instituto Cultural de Providencia, en el curso que con mis propias reservas culturales ya desfallecía. Trajo la vida, el misterio, la sala de clases y los alumnos que provenían de una burguesía elaborada y algo seca, se quedaron deslumbrados. Tangol había visto el buque fantasma "El caleuche", con sus propios ojos y ése es un testimonio que ningún ser terrestre puede desdeñar.

Después volvimos a estar junto a Nicasio Tangol, en la lucha política y gremial, en la urgencia de resolver algunos problemas vitales de los escritores, hasta que el fracaso de nuestras pugnas, el sinsabor de los sueños desvanecidos nos recluyó a cada uno en su casa, como búhos en su cornisa. Sólo esporádicamente nos encontramos en la calle para intercambiar silencios, hasta que muy poco antes de que Tangol muriera, nos dimos un abrazo a la intemperie y nos comprometimos para una conversación más tranquila que nunca se produjo. La muerte que imaginamos una desgracia de los demás, se llevó a Tangol, el 27 de diciembre de 1980, víctima de un cáncer gástrico.

Desde entonces, como siempre sucede, su personalidad ha comenzado a agigantarse y llegó a Chile su libro "Leyendas de Karukinká", basado en el folclore de los onas, indios protegidos tardíamente y hoy desaparecidos de Tierra del Fuego. El tomo de prosa transparente ha sido editado por el Fondo de Cultura Económica de México y lleva un prólogo acucioso del escritor chileno Luis Enrique Délano, exiliado entonces en el país azteca y fallecido en Santiago en 1985. La obra logró editarse gracias a la diligencia cariñosa y tenaz de la compañera de los últimos brillos de Tangol, de Elena Sugg.

El autor de "Huipampa, tierra de sonámbulos", "Carbón y orquídeas" (Novela del carbón (Lota)), que le valió una persecución política en 1950 y de "Chiloé, archipiélago mágico", habría disfrutado acariciando esta edición primorosa venida de México, país apoyo de grandes escritores chilenos. Pero no creemos que se habría sentido orgulloso. Era demasiado sencillo y directo; los policías le confundían con un gitano legítimo.